**MISA DE LA CENA DEL SEÑOR**

**S.A.I. Catedral, 29 de marzo de 2018**

San Juan Pablo II regaló a toda la Iglesia la Carta Encíclica *Ecclesia de eucharistia* para hacernos caer en la cuenta del asombro que ha de producir en nosotros la celebración eucarística en la que Cristo, resucitado y glorioso se hace presente en medio de sus discípulos y se entrega como alimento espiritual. Nos ponía como ejemplo de tal asombro a los dos discípulos de Emaús que “se les abrieron los ojos y lo reconocieron al partir el pan”.

La Eucaristía conmemora el sacrificio pascual de Cristo y actualiza realmente la promesa del Señor de estar siempre con nosotros hasta el final de los tiempos. La Eucaristía, sacramento de nuestra fe, alimenta nuestra vida espiritual y hace crecer en nosotros, por la acción del Espíritu Santo: la fe, la esperanza y la caridad. La eucaristía es un bien inmenso no sólo para los que creemos en Cristo sino también para toda la humanidad pues cada vez que celebramos la eucaristía se renueva el misterio redentor de Cristo cuya sangre se entrega por nosotros y por muchos para el perdón de los pecados.

Los sacerdotes somos los primeros que nos asombramos ante la presencia del Señor bajo las especies del pan y del vino que tocamos indignamente con nuestras manos. Nunca nos cansaremos de dar gracias a Dios por el don del poder sagrado que nos ha entregado en el sacramento del Orden sacerdotal sin mérito alguno por nuestra parte. Nos asombra que el Señor quiera utilizar nuestra voz, nuestros gestos y todo nuestro ser para hacerse presente en medio de su comunidad. Nos asombra la grandeza del Misterio que tenemos en nuestras manos y la pequeñez y debilidad de nuestra condición humana y de nuestra fe. Por eso pedimos que “la fe supla la incapacidad de los sentidos”.

También vosotros, queridos hermanos, os asombráis del Misterio eucarístico cuando participáis en la celebración sacramental plenamente, con respeto y dignidad, conscientes de lo que celebráis. Expresáis este asombro cuando aclamáis el misterio de la fe diciendo: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, Ven Señor Jesús”.

Este asombro eucarístico produce en nuestra alma un gozo inmenso. Dios mismo está en medio de nosotros, nos visita y nos trae el consuelo y la paz. Nos sucede como a los discípulos el día de Pascua: “Se llenaron de alegría al ver al Señor” ¡Ojalá nosotros también experimentemos esta alegría y este gozo pascual cada vez que participamos en la celebración de la eucaristía!

El asombro que experimentamos ante el Misterio eucarístico nos impulsa, como María Magdalena la mañana de Pascua, a ser apóstoles y comunicarlo a todos los hombres. Es un asombro que nos empuja a proclamar y dar testimonio a otros hombres de lo que hemos visto y oído para que ellos también adoren al único Dios vivo y verdadero. No es necesario que en cada eucaristía veamos a un ángel bajar del cielo para decirnos como a los apóstoles el día de las Ascensión del Señor: “Galileos ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?” No. El impulso misionero del cristiano no necesita efectos especiales, porque nace de la experiencia de fe en Cristo resucitado a quien podemos tocar en la eucaristía. El Papa Benedicto XVI dice en la Exhortación *Sacramentum caritatis*: “No podemos acercarnos a la Mesa eucarística sin dejarnos llevar por ese movimiento de la misión que, partiendo del corazón mismo de Dios, tiende a llegar a todos los hombres. Así pues, el impulso misionero es parte constitutiva de la forma eucarística de la vida cristiana” (SC 84)

En este sentido estamos realizando en nuestra diócesis una experiencia muy hermosa que se repite todos los meses en la ciudad de Ponferrada una vez al mes. Se trata de una acción misionera que nace y culmina en la eucaristía. Un grupo de jóvenes, después de celebrar la eucaristía y permanecer en adoración ante el Señor sacramentado, salen al encuentro de otros jóvenes para invitarles a encontrarse con Cristo, realmente presente en la eucaristía y los invitan a adorarlo para que por la gracia de Dios lo descubran como su amigo y Señor.

La eucaristía nos asombra también porque el Señor quiso quedarse con nosotros en algo tan pobre y humilde como un trozo de pan y un poco de vino. Con esta elección en el modo de quedarse con nosotros, el Señor nos da entender que los pobres y los sencillos, los mansos y humildes de corazón son también su carne. En la citada Exhortación postsinodal, el Papa Benedicto XVI afirmaba: “El Señor Jesús, Pan de vida eterna, nos apremia y nos hace estar atentos a las situaciones de pobreza en que se halla todavía gran parte de la humanidad: son situaciones cuya causa implica a menudo una clara e inquietante responsabilidad por parte de los hombres”.

Por último, contemplando el misterio eucarístico nos asombra el derroche de amor que Jesús nos ofrece en la eucaristía del cual participamos y nos aprovechamos cuando comulgamos su Cuerpo y Sangre en las debidas condiciones. Un derroche de amor con el que el Señor quiere inundar el mundo, tan fragmentado y herido por las injusticias de los hombres. Desde la eucaristía, Jesús nos pide que colaboremos en la propagación del amor fraterno y de su misericordia para convertir la humanidad en familia que se reconocen hermanos porque tienen a Dios, que es Amor, como Padre. Este es el sentido que he querido dar a la Adoración eucarística y a la Casa de la Misericordia establecida desde octubre en el Santuario de Nuestra Señora de Fátima de esta ciudad de Astorga.

La Virgen María se asombró ante las palabras del Ángel Gabriel. No tenemos noticia de que ella hubiera estado presente en la Última Cena. San Juan Pablo II nos enseñó que: “En cierto sentido, María ha practicado su *fe eucarística*antes incluso de que ésta fuera instituida, por el hecho mismo de*haber ofrecido su seno virginal para la encarnación del Verbo de Dios*”… En continuidad con la fe de la Virgen, en el Misterio eucarístico se nos pide creer que el mismo Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, se hace presente con todo su ser humano-divino en las especies del pan y del vino” (EE 55). ¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original!

† Juan Antonio, obispo de Astorga